

**ACTUALIDAD Y UNIVERSALIDAD DE LOS ENSAYOS DE ORTEGA Y
GASSET**

DARÍO VILLANUEVA

Universidad de Santiago de Compostela

Real Academia Española

IV Congreso internacional de Hispanistas de Rusia.

Moscú, septiembre de 2013.

Peter Watson, en su libro titulado con un verso de Yeats, *A terrible beauty is born*, que en España fue traducido como *Historia intelectual del siglo XX*, traza un panorama exhaustivo de las ciencias, las artes y las letras del pasado siglo en el que todo fue sometido a cambio y una terrible belleza nació: la de una sociedad en la que van de la mano el bienestar, la democracia y el desarrollo con la injusticia, la violencia e insospechadas manifestaciones inéditas de la guerra.

Traigo a colación el libro de Watson porque en él se cumple también un vicio de la alta divulgación anglosajona, y en general de los productos de su pensamiento crítico y erudito. Me refiero al sistemático ninguneo, fruto de una ignorancia que a veces se revela realmente enciclopédica, de la producción intelectual y literaria procedente de España y los demás países hispánicos.

Al margen de las cuatro citas que Cervantes le merece a Watson a lo largo de las casi mil páginas de su compendio, ya en el espacio cronológico acotado el español más atendido es Pablo Picasso. Dalí, Buñuel, Miró y Falla aparecen en sendas citas. George Santayana recibe tres menciones, una de ellas para destacar su apoyo a Franco equiparable al de Pound, pues ambos pensaban que el dictador “impondría un orden nacionalista y aristocrático, que rescataría la cultura de su inevitable decadencia”. Y José Ortega y Gasset, definido por Watson como “algo parecido a un darvinista sociocultural, o quizá más bien nietzscheano”, duplica la presencia del autor de *The Last Puritan*, pues son seis las ocasiones en que se alude a obras como *La deshumanización del arte* o *La rebelión de las masas*, o a actividades suyas como la participación en el “Congreso por la Libertad Cultural” que reunió en Milán, en 1955, a “distinguidos intelectuales liberales y conservadores” para reflexionar sobre el ocaso de las ideologías.

Sirva esta referencia como índice de algo innegable: que Ortega es el único escritor español admitido en el elenco de referencias globales habitual en la bibliografía

anglosajona, reconocimiento en el que le acompaña a cierta distancia Federico García Lorca, a quien Watson califica como “el mejor poeta que había dado España” pero sin prestar la más mínima atención a su obra lírica o teatral, sino tan solo a la infamia de su asesinato. Y ello pese a que *Poeta en Nueva York*, obra póstuma, una de las cumbres de la poesía expresionista sobre el tema de la ciudad industrial, aparece en edición bilingüe inglesa/española de 1940. Ni Juan Ramón Jiménez ni Vicente Aleixandre, otros dos grandes poetas y premios Nobel de Literatura, figuran entre los cientos de escritores a los que Watson menciona.

Convengamos enseguida en que aquella fama de Ortega, global por anglosajona, parca pero inusitada para un autor español, se debe fundamentalmente a una obra que aparecerá en libro con pie de imprenta de 1930 para no interferir en las últimas entregas de su contenido en los folletones del diario *El Sol*, y que inmediatamente será traducida al alemán –la lengua de la ciencia y la cultura por aquel entonces–, al inglés en 1932 y posteriormente a los demás idiomas europeos. En junio de 1951 un Ortega de visita por primera vez en el Reino Unido con objeto de recibir un doctorado en Glasgow reconoce ya en una conferencia pronunciada en el Hispanic-Luso-Council de Londres que *La rebelión de las masas* “ha tenido no sé si la fortuna o la malaventura de interesar a los lectores de habla inglesa” y que de la obra se habían vendido más de medio millón de ejemplares. El ya por entonces exhausto y desilusionado filósofo madrileño de formación germana empezaba a asimilar, no sin desencanto, que la segunda guerra mundial la había ganado el inglés.

Que la fama póstuma de Ortega sigue viva gracias, sobre todo, a *The Revolt of the Masses*, lo podemos comprobar a partir de un índice que obedece a esa pintoresca contaminación de las valoraciones intelectuales por criterios o ránquines deportivos. ¿Quién pone en duda que Usain Bolt es quien corre más rápido hoy por hoy cien metros lisos, y que en salto con pértiga el mismo honor le corresponde a Yelena Isinbáyeva? Pero a muchos nos cuesta admitir que algo semejante se puede estipular en relación a los mejores filósofos o escritores, los mejores ensayos, novelas, dramas o poemas del mundo.

El hecho es que la *National Review*, reconocida publicación bimensual fundada en 1955 en cuyo comité estaba previsto que figurara Ortega, muerto ese mismo año, hizo públicos en el año 1999 los resultados de una encuesta para determinar “The 100 Best Non-Fiction Books of the Century”. En este ranquin encabezado por *The Second World War* de Wiston S. Churchill, *The Revolt of the Masses* ocupa un meritorio octavo

lugar. La preceden obras de Soljenitsin, Friedrich von Hayek, Clive S. Lewis, Karl Popper y dos de George Orwell, *Hommage to Catalonia* y los *Collected Essays*. Cierran la década un segundo libro de von Hayek, *The Constitution of Liberty*, y Milton Freedman con *Capitalism and Freedom*.

Precisamente para los responsables de esta revista, cuya impronta conservadora y ultraliberal se hace transparente a través de la lista que estamos comentando, la obra del único español seleccionado “explained the genius of capitalist elites”. Apuntemos el sesgo de esta valoración, marcadamente ideológica, y tengámosla en cuenta para las consideraciones venideras acerca de la recepción de *La rebelión de las masas* que formarán parte de mi exposición. Porque mi propósito principal no es tanto desentrañar la génesis y significado de la obra más famosa de nuestro filósofo, sobre la que se han vertido ya ríos de tinta, sino seguirle el curso al proceso de su recepción a lo largo de los ochenta años largos que nos separan de su concepción y publicación para desentrañar en la medida de lo posible el porqué de la pertenencia de *La rebelión de las masas* a ese selecto repertorio de las obras consideradas clásicas no solo en el ámbito específico de la cultura hispánica, sino en el global.

Pero no solo trataremos de ella, sino más ampliamente de los libros fundamentales publicados por Ortega en los años veinte. De hecho, *La rebelión de las masas* estaba lista para la imprenta en 1929, el año del *crack* financiero que desde Wall Street extendió su maleficio a otras partes del mundo sin alcanzar, sin embargo, la dimensión ecuménica de la crisis actual que a efectos mediáticos comenzó en septiembre de 2008 con la quiebra de Lehman Brothers y los ocultamientos de Goldman Sachs. Precisamente en aquel otro septiembre negro sitúa José Carlos Mainer la frontera entre dos de los momentos capitales de la Edad de plata: entre “los felices veinte y los hoscos treinta”.

El decenio de los años veinte del siglo pasado representan una época prodigiosa, la única década de paz entre dos terribles guerras mundiales, un interregno feliz en que parecía que el universo estaba definitivamente abierto al progreso y a la evolución de la Humanidad tanto en los aspectos materiales como en los referentes a la inteligencia y el espíritu. Es el momento cuando florece el asombroso repertorio de ismos en los que la actitud creativa de vanguardia encuentra su acomodo y sus formas de expresión; en que proliferan los manifiestos con los que jóvenes poetas, pintores, músicos, arquitectos, dramaturgos o cineastas se muestran capaces de arrumbar con el arte viejo, cuya putrefacción les hedía. Es también cuando la apertura cosmopolita parece abrir una

brecha en las férreas murallas del nacionalismo cultural, y las ideas, las formas y los propios artistas se mueven con libertad no solo por el reducido territorio europeo, sino por las francas vastedades americanas. En este escenario es donde se consolida por otra parte una posibilidad que creadores como Griffith o teóricos como Canudo habían empezado a mostrar factible en años anteriores: la irrupción imparable de un nuevo arte de la modernidad, el cinematógrafo.

Se abre el decenio con la muerte de Galdós y Pardo Bazán, al tiempo que Valle-Inclán comienza a anudar la serie imparable de sus obras mayores que irá desde la primera versión de *Luces de bohemia* hasta *Viva mi dueño*, segunda entrega de *El Ruedo Ibérico*. Pero de igual modo que el talento de este máximo representante del 98 eclosiona en el periodo indicado, un Ortega, que representa ya activamente el contrapunto de una nueva generación con sus polémicas con Baroja, Unamuno o Maetzu, da a las prensas, antes que *La rebelión de las masas*, en 1921 *España invertebrada*, en 1923 *El tema de nuestro tiempo*, y en 1925 *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela*.

Mas resultaría ingenuo dejarse deslumbrar ante tamaña concentración de logros individuales por parte del *senior* Valle como del *junior* Ortega si repasamos comparativamente la producción de la época en otras lenguas, otros países y otros ámbitos. Se trata, ni más ni menos que de ir ordenando en nuestra memoria, año a año entre 1920 y 1929, las obras fundamentales de Paul Valéry, Ezra Pound, Wittgenstein, Max Weber, James Joyce, Martin Heidegger, T. S. Eliot, Rainer M. Rilke, Thomas Mann, John Dos Passos, William Faulkner, Virginia Woolf, André Gide, Marcel Proust, Aldous Huxley, Bertolt Brecht, Franz Kafka (muerto en 1924) y tantos más. Son los años deslumbrantes del dadaísmo, de la “Nueva objetividad” escindida de los expresionistas, del constructivismo ruso, del primer manifiesto surrealista de André Breton, del Círculo Lingüístico de Praga, la Bauhaus, el Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, iniciativas que coinciden en el tiempo con aportes del séptimo arte como *Nosferatu* de Murnau, *El acorazado Potemkin* de Eisenstein, *Metrópolis* de Fritz Lang, *La quimera del oro* de Chaplin, *Berlin. Sinfonía de una ciudad* de Walter Ruttmann, *El hombre con la cámara de filmar* de Dziga Vertov o *Un chien andalou* de Dalí y Buñuel. Nacen también las editoriales que secundarán tanta creatividad vanguardista y grandes revistas de pensamiento que la airearán, entre ellas *La Revista de Occidente* fundada por el propio Ortega y Gasset en 1923. En sus páginas no dejan de apreciarse rasgos contradictorios que Mainer advierte en ciertas vacilaciones “entre el

nacionalismo y el cosmopolitismo, entre el optimismo y la convicción de una inminente catástrofe cultural”.

La trayectoria de Ortega no es ajena a esa misma dualidad. A este respecto, me gusta encarnarla en dos vertientes, a las que denomino “ensayo carpetovetónico” y “ensayo global”.

La primera referencia nace del raciovitalismo del filósofo, hondamente enraizado en la fenomenología y formulado en términos perfectamente inteligibles para el público culto al que se dirigía *El Espectador*. Dado que “la verdad, lo real, el universo, la vida” –nos dice Ortega– “se quiebra en facetas innumerables (...) cada una de las cuales da hacia un individuo”, en consecuencia “cada hombre tiene una misión de verdad. Donde está mi pupila no está otra: lo que de la realidad ve mi pupila no lo ve otra. Somos insustituibles, somos necesarios”. La vertiente que hacia el Ortega de 1916 enviaba la realidad era, en este sentido inconfundible: “Situado en El Escorial, claro es que toma para mí el mundo un semblante carpetovetónico”. Sobre todo a partir de la apropiación de este adjetivo por parte de Camilo José Cela para definir el meollo de su estética, carpetovetónico adquirirá un marchamo casticista no demasiado amable, restringido a la “croniquilla atónita de los minúsculos acaeceres de la España árida, ese inagotable venero de temas literarios”, como escribe el autor de *El gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos*.

En su primera obra, *Meditaciones del Quijote*, Ortega asume su circunstancia carpetovetónica y para salvarse y salvarla, busca el sentido de lo que le rodea sumergiéndose en la esencia de –son sus palabras– “nuestra raza sin ventura”, y critica sin cuartel el escenario de la Restauración y sus actores principales, cuando “llegó el corazón de España a dar el menor número de latidos por minuto”. Los suyos son “latidos de preocupación patriótica” que le obligan a “sentir a España como contradicción”. La losa de la tradición ha aniquilado el logro de un proyecto de país. Esta rémora ha provocado la confusión fatal entre “las más ineptas degeneraciones” y lo que el filósofo denomina “España esencial”. Precisamente “una de esas experiencias esenciales, acaso la mayor”, es Cervantes, de modo que si lográsemos identificar con toda nitidez su estilo, “la manera cervantina de acercarnos a las cosas”, “bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertásemos a una nueva vida”. Para el Ortega de 1916 “un estilo poético lleva consigo una filosofía y una moral, una ciencia y una política”.

Este filósofo de talante regeneracionista, que ve su mundo en torno desde El Escorial, “rigoroso imperio de la piedra y la geometría, donde he asentado mi alma”, se ocupa de lo que le es más próximo; la pasión de su mirada no alcanza a vislumbrar por el momento otros horizontes que los carpetovetónicos. Y este enfoque cuajado ya en *Meditaciones del Quijote* se prolonga hasta el comienzo de la década prodigiosa con *España invertebrada*.

En el sentido genuino del término, sobre todo la primera parte de este ensayo de 1921, titulada “Particularismo y acción directa”, puede calificarse cabalmente de carpetovetónica. No al contrario, sino complementariamente, la segunda parte, cuyo rubro es “La ausencia de los mejores”, mira ya con franqueza hacia *La rebelión de las masas*. La última página de *España invertebrada* anuncia otro “ensayo de ensayo” en el que el filósofo abordará un asunto muy delicado incluso por la terminología que maneja: “el afinamiento de la raza”. Y la primera nota a pié de página del prometido libro reitera dicha vinculación y la voluntad del autor de completar lo entonces presentado “de manera que resulte una doctrina orgánica sobre el hecho más importante de nuestro tiempo”. El propio Ortega, en la conferencia londinense de 1951 que hemos citado ya, confirmará una vez más la vinculación entre ambas obras, entre el ensayo carpetovetónico de 1921 y el que yo califico como "global" ocho años posterior.

Creo que es el momento obligado para apuntar, a partir de la consideración de las dos partes de *España invertebrada* y la conexión entre la segunda de ellas y *La rebelión de las masas*, dos razones muy diferentes de la vigencia hasta nosotros de las obras de Ortega, pese a que nos separa ya poco menos de un siglo de las que publicó en la década prodigiosa.

El hábito y la metodología gnoseológica que Ortega y Gasset hizo suyos a partir de la fenomenología de Husserl, asimilándola con un amplio margen de originalidad, enarbolando el estandarte de la claridad entendida como cortesía del filósofo y con un decidido propósito de aplicar hábito y método “tanto en el terreno de la política como en el de la comprensión del arte” –como acaba de subrayar Javier San Martín–, pueden ayudarnos a comprender por qué nuestro autor sigue hablándonos a los lectores de hoy, dentro y fuera de España. En el primer caso, por su diagnóstico de realidades históricas, políticas y socioculturales que siguen ahí, con terca permanencia. ¡Quién duda que continúa teniendo sentido leer hoy *España invertebrada*! Quizá no en Massachusetts, en Natal o en Singapoore, pero sí en Barcelona, Cádiz, Toledo, Zaragoza, Bilbao o Compostela.

Pero la vigencia centrífuga y no centrípeta, por así decirlo, de *La rebelión de las masas* obedece a otra virtualidad diferente, aunque no incompatible con su perspicaz interpretación de lo dado, de los fenómenos perceptibles en el entorno del observador. Me refiero a un cierto impulso visionario, prospectivo y vaticinador que el propio Ortega y Gasset reclama para sí cuando, a más de veinte años de su primera edición, pronuncia una conferencia sobre *La rebelión de las masas* ante el selecto público del Hispanic-Luso-Council londinense: “La autoridad que mi libro, sin pretenderlo yo, ha ganado en el mundo se debe a que en él se hacían algunas graves profecías que a estas horas, desgraciadamente, se han cumplido”. Me interesa especialmente revisar cuánto de cierto había, a la altura del medio siglo, en esta afirmación, un tanto jactanciosa, del filósofo, pero también hacer otra valoración semejante para los cincuenta años posteriores a la muerte de Ortega y Gasset hasta llegar al momento presente.

En *España invertebrada* definía nuestro autor el particularismo como “el carácter más profundo y más grave de la actualidad española”, entendiendo por tal “*que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte, y en consecuencia deja de compartir los sentimientos de los demás*”, frase puesta, para mayor énfasis, en letra cursiva. Más adelante vuelve a definir el particularismo, incluso, como “aquel estado de espíritu en que creemos no tener por qué contar con los demás”. Pero, descendiendo ya al análisis histórico y político, no le tiembla la voz al filósofo cuando afirma que el antídoto está en “*un proyecto sugestivo de vida en común*”: “No viven juntas las gentes sin más ni más y porque sí; esa cohesión *a priori* solo existe en la familia. Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades” .

La segunda parte del ensayo denuncia, como es bien sabido, otro mal de la España invertebrada que ya no es el particularismo: “En España vivimos hoy entregados al imperio de las masas”, clama con voz tonante. “Los peores, que son los más, se revuelven frenéticamente contra los mejores”. Y como corolario, otra rotunda afirmación en la que ya aparece, algo más que *in nuce*, ese nuevo “ensayo de ensayo” que hará de Ortega un escritor global: “La rebelión sentimental de las masas, el odio a los mejores, la escasez de estos –he ahí la razón verdadera del gran fracaso hispánico”.

Del mismo modo que cumplía explicar hace un momento el sentido de la expresión “ensayo carpetovetónico”, hagamos ahora lo propio con el significado que en este contexto le aplicaremos al adjetivo “global”. Con el antecedente del prólogo a *El Espectador*, aquella tarea era mucho más sencilla que la que ahora nos corresponde.

Esta ambición de globalidad estaba presente en los propios orígenes de *Revista de Occidente*. Globalidad entendida en dos direcciones. Por una parte, como el propio fundador escribía en 1923 al frente del primer número de la revista, se trataba de satisfacer la curiosidad intelectual de los lectores referida “lo mismo al pensamiento o la poesía que al acontecimiento público y al secreto rumbo de las naciones”. Fernando Vela, la mano derecha de Ortega, nombrado por él secretario de la *Revista*, secundará lógicamente esta divisa de dar respuestas a “una curiosidad universal sobre el mundo contemporáneo”; el “mundo humano en general”.

Pero no queda fuera de la perspectiva orteguiana la otra acepción de lo global, como aquello que afecta por igual a todo el planeta, especialmente viva en nuestra posmodernidad. Así, en *La rebelión de las masas* se apunta que desde el siglo XVI “ha entrado la humanidad toda en un proceso gigantesco de unificación, que en nuestros días ha llegado a su término insuperable”. Tanto es así, que para el filósofo “ya no hay trozo de humanidad que viva aparte –no hay islas de humanidad–”.

Más explícita todavía esta noción de la globalidad *avant la lettre* la encontramos en otro capítulo, cuando se afirma que la vida contemporánea de los años veinte “se ha mundializado efectivamente; quiero decir que el contenido de la vida en el hombre de tipo medio es hoy todo el planeta; que cada individuo vive habitualmente todo el mundo”. Y resultará del máximo interés para consideraciones posteriores el ejemplo práctico que Ortega pone para justificar su aserto de mundialización planetaria de la existencia: que los sevillanos acababan de seguir puntualmente, “hora por hora”, a través de sus “periódicos populares” los avatares de un grupo de exploradores en el Polo, de modo que, concluye el filósofo con su habitual donosura estilística, “sobre el fondo ardiente de la campiña bética pasaban témpanos a la deriva”.

Si la génesis de *La rebelión de las masas* está ya inequívocamente en el “ensayo carpetovetónico” de 1921 que acabamos de revisar, en *El Sol* publica Ortega en mayo de 1927 un primer artículo titulado precisamente “Masas”, preludio de la aparición en los folletones del mismo diario entre octubre de 1929 y agosto de 1930 de los sucesivos capítulos de la obra, cuya edición en libro esperaría hasta este último año para no interferir con la difusión periodística de la serie.

Quiere ello decir que *La rebelión de las masas* nace y comienza a trascender en el contexto de “los felices veinte”, pero enceta su andadura en libro en el escenario muy distinto de “los hoscos treinta”. Como ya advirtiera Julián Marías, la obra más leída de Ortega y Gasset fue “escrita en un ‘clima’ y leída en otro con una visión politizada”.

Las ideas del filósofo acerca de la condición axial de una minoría selecta, culta, inteligente y generosa, imprescindible en toda sociedad racionalmente organizada, inicialmente no resultaban provocativas en aquel contexto de bonanza global postbélica, de efervescencia creativa y de apertura cosmopolita. La propia actividad frenética de Ortega – el intelectual español menos enclaustrado en su torre de marfil sino dispuesto a saltar un día sí y otro también a la palestra pública para abordar todos los “temas de nuestro tiempo”– habla de que el filósofo, con el obligado recurso a las tribunas abiertas, a la oratoria civil y a los canales periodísticos, se encontraba como pez en el agua en aquel entorno, en el que brillaba con luz propia, y no solo desde la plataforma de *El Sol*.

Algo había, sin embargo, de impostado en el optimismo entre futurista y dadaísta del momento. Bajo aquella realidad aparentemente amable subyacían heridas no cerradas, tensiones sociales in crescendo, salidas políticas de supuesta eficacia a corto plazo como la dictadura primorriverista, y pulsiones ideológicas de formidable potencial –*Mein Kampf* se publica en 1925– que, junto con las consecuencias del *crack* económico de 1929, precipitarán en los “hoscós treinta”, como los califica Mainer.

La re-valoración de Ortega, tal y como yo la entiendo, debe excluir los dos extremos: tanto el tópico descalificador, políticamente correcto, como la apología acrítica. Cabe, por supuesto, registrar entradas específicas en el apartado del debe como en el del haber; esforzarnos por describir no solo los aciertos de Ortega cuando analizó fenómenos que desde 1929 no han desaparecido de nuestro horizonte, sino también las profecías que, habiendo sido enunciadas entonces por él, se han venido cumpliendo después, o por el contrario se nos han revelado carentes de todo sentido.

En el “Prólogo para franceses”, escrito en 1937 durante su obligado exilio holandés por mor de la guerra civil, Ortega apunta, *ex abundantia cordis*, que “contra lo que suele creerse ha sido normal en la historia que el porvenir sea profetizado” y propone como una obra “fácil y útil” “reunir los pronósticos que en cada época se han hecho”. Y concluye con una frase que me parece no una pregunta retórica, sino un autoelogio encubierto: “Yo he coleccionado los suficientes para quedar estupefacto ante el hecho de que haya habido siempre hombres que preveían el futuro”.

Cierto que la fraseología orteguiana no resulta amable. El “hombre masa” de que trata es identificado con el hombre medio, y definido como una anomalía. La interpretación de la historia por parte de Ortega es “radicalmente aristocrática”, lo que le lleva a denunciar “el imperio político de las masas”. Es cierto que en varios pasajes de

la obra se define al hombre masa como aquel “cuya vida carece de proyecto y va a la deriva”, “una clase o modo de ser hombre que se da hoy en todas las clases sociales”, actitud que bien puede darse tanto entre trabajadores como entre rentistas. Pero inevitablemente el desarrollo de la argumentación acaba proyectando sobre la inmensa mayoría la sombra de ese deslucido rol que Ortega califica como el de “señorito satisfecho”, “el niño mimado de la historia humana”, gran parásito del ogro filantrópico hasta cierto punto identificable con lo que nosotros denominamos “Estado de bienestar”.

En el famoso ensayo de Waldo Frank *Nuestra América*, pronto traducido al español, después del capítulo dedicado a Nueva York se incluye otro titulado “Las multitudes en Whitman”, en el que Waldo Frank explica cómo aquella poderosa muchedumbre que el poeta cantó como imagen hermosa de la vida solidaria y como fundamento de las nuevas perspectivas democráticas se estaba convirtiendo en un rebaño porque “los poderes americanos toman todas las medidas para mantenerlas en estado de ignorancia, de presunción y de complacencia”. Y no menor será la presencia del autor de *The leaves of grass* en *Redescubrimiento de América* del propio Frank, traducido en la editorial de Ortega, donde Whitman es encumbrado junto a Emerson, Poe y Thoreau como padre fundador de las raíces espirituales de la nación americana.

Porque lo que Whitman, muerto en 1892, canta es el arranque pionero de una modernidad científica, política y sociológica que continuará desarrollándose en el Siglo XX. Basta comparar sus proclamas con los argumentos fundamentales expuestos por Filippo Tomasso Marinetti en su “Fundación y Manifiesto del Futurismo” publicado en el diario parisino *Le Figaro* el 20 de febrero de 1909, que incluye su irreverente declaración de que un coche de carreras le parecía más hermoso que la Victoria de Samotracia. Y anuncia al mismo tiempo que los poetas de su escuela pondrán en el centro de su creación una serie de motivos novedosos e insólitos que el bardo norteamericano había consagrado ya en *Leaves of Grass* (salvo el de los aviones, pues aun siendo riguroso coetáneo y compatriota de los hermanos Wright, Whitman no alcanzó en vida a tener noticia del primer vuelo de 1903): “Nosotros cantaremos a las grandes muchedumbres agitadas por el trabajo, por el placer o por la sublevación; cantaremos las mareas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; cantaremos el vibrante fervor nocturno de los arsenales y de los astilleros incendiados por violentas lunas eléctricas; (...) los vapores aventureros que olisquean el horizonte, las locomotoras de amplio pecho, que patalean sobre sus raíles, como

enormes caballos de acero refrenados de tubos y el vuelo resbaladizo de los aeroplanos, cuya hélice ondea al viento como una bandera y parece aplaudir como una muchedumbre entusiasta”.

El optimismo democrático de Walt Whitman tiene, sin embargo, mucho de ideológico o de pre-ideológico. Rigurosamente contemporáneo suyo es, asimismo, Karl Marx (1818-1883) con su crítica del capitalismo industrial –*Trabajo asalariado y capital* es de 1845 y el *Manifiesto Comunista* tres años posterior– que en Europa había configurado su propio modelo sobre todo a partir del ejemplo de Inglaterra, lo que explica también el muy distinto tratamiento de algún tema como el de la ciudad por parte de otros poetas como Baudelaire o Rimbaud. La diferencia de perspectivas está inexorablemente relacionada con la contraposición entre el Viejo y el Nuevo Mundo. El poeta norteamericano percibe la democracia como un instrumento catalizador de la integración social, en procura de un “common ground” de unanimidad estable, como un sentimiento unanimista, por usar un concepto que a principios del XX pondrá en circulación el escritor francés Jules Romains.

A este respecto, es determinante por parte del bardo de Paumanok su identificación con la masa, con el “common people” cuya épica canta en un poema-sección fundamental de *Leaves of Grass*, el titulado “A Song for Occupations”, dedicado no solo a los oficios manuales y agrícolas sino, en primer término, a quienes se realizan “in the labor of engines”. Whitman es un entusiasta estadounidense, pero también una especie de “nacionalista de la modernidad global”. Pero he aquí que estos sentimientos encuentran su primera realización cabal en lo más cercano, la ciudad; en ese Nueva York que ya es la metrópolis del futuro pero que conserva todavía las huellas de enclaves indígenas como el *Paumanok* –Long Island– donde el poeta naciera, o la isla de *Maniata* (así denominada, a la antigua usanza, por Whitman). Ese es el escenario privilegiado en el que se encarna la nueva cultura material y humanística, y por ello se convierte en tema preferido para aedos de la nueva sensibilidad de los que Whitman es tan solo el reconocido pionero, pues su estirpe se prolongará cumplidamente a lo largo del nuevo siglo, en el que los prodigiosos años veinte, su único decenio de paz augusta, favorecieron esa misma identificación de todas las artes con los nuevos tiempos.

Cuando la primera traducción de *La rebelión de las masas* al inglés, en julio de 1932 Silvia Pankhurst publicó una reseña en la revista londinense *New Statesman and Nation* titulada “A Republican Denounces Democracy” en la que califica el ensayo de

nuestro filósofo precisamente como “una antítesis de *Leaves of Grass* de Walt Whitman, defensor del hombre común y de la democracia que Ortega enjuicia”. Y no le faltaba razón a la señora Pankhurst. El Yo whitmaniano es demócrata e individualista, sin que exista en su pensamiento y en su expresión poética contradicción entre lo uno y lo otro. A este respecto, la denotación de la palabra *masa* no es negativa, como en el caso de Ortega. Basta reparar en el primer poema de esa magna compilación lírica que es *Leaves of Grass*, titulado “One’s-self I sing”. Whitman comienza, pues, cantando el yo, “a simple, separate person”. Pero lo hace pronunciando “la palabra democrática, la palabra En Masa” (“the Word En-Masse”). Toda su poesía se referirá, pues, al yo individual, a la Masa que lo integra sin anularlo, y, en definitiva, a la nueva Humanidad: *The Modern Man I sing*.

En el capítulo principal de *La rebelión de las masas*, dedicado a responder a la pregunta de ¿quién manda en el mundo?, Ortega incluye una disquisición histórica sobre la plaza como negación del campo, como una nueva clase de espacio en torno a la que se vertebrará la polis. “En la plaza” es también el título de un poema que Vicente Aleixandre incluyó en *Historia del corazón* y se incardina en una doble estirpe, whitmaniana y unanimista, contradictoria con las tesis de Ortega. La contemplación de las muchedumbres urbanas produce en nuestro filósofo un efecto opuesto al que Jules Romains experimenta en octubre de 1903 cuando al pasear por la parisina “rue d’Amsterdam” intuye la existencia de un ente vasto y elemental del que participan todos los seres que le rodean. El poema de Aleixandre ofrece una soberbia plasmación lírica de lo mismo. Allí la voz poética propone al hombre solitario abandonar su reducto, bajar de la buhardilla a la plaza donde “la gran masa pasaba”, para “adentrarse valientemente entre la multitud y perderse”; para, de este modo, paradójicamente, encontrarse a sí mismo: “Allí cada uno puede mirarse y puede alegrarse y puede reconocerse”.

Acaso sea esta la máxima objeción que puede plantearsele a *La rebelión de las masas*. En cierto modo, Ortega parece aplicar a su ensayo sociohistórico el mismo método que identificaba como propio de la nueva estética en *La deshumanización del arte*, obra suya igualmente importante, a medio camino en los años veinte entre *España invertebrada* y *La rebelión de las masas*, en la que no tengo tiempo de detenerme más. Lo que él escribe a propósito de las creaciones artísticas es de aplicación también a su ensayo: “el arte de que hablamos no es sólo inhumano por no contener cosas humanas, sino que consiste activamente en esa operación de deshumanizar. En su fuga de lo

humano no le importa tanto el término *ad quem*, la fauna heteróclita a que llega, como el término *a quo*, el aspecto humano que destruye. No se trata de pintar algo que sea por completo distinto de un hombre (...) sino de pintar un hombre que se parezca lo menos posible a un hombre".

He ahí la paradoja de cómo un gran humanista deshumaniza al Hombre. Algo así –permítaseme tamaña licencia– como si el filósofo liofilizara la humanidad, abstrayéndola de la propia condición humana para crear ese muñeco o fanteche del "hombre masa".

Concluamos, sin embargo, con el capítulo no del *debe* sino del *haber*. Cuando nuestro pensador se refiere al “imperio que sobre la vida pública ejerce hoy la vulgaridad intelectual” o denuncia cómo se abordan “los temas políticos y sociales con el instrumental de conceptos romos que sirvieron hace doscientos años para afrontar situaciones de hecho doscientas veces menos sutiles” es difícil dejar de pensar, por ejemplo, en los todólogos que alimentan horas y horas de esa renacida oralidad recuperada por los que Marshall McLuhan denominaba “medios eléctricos” de comunicación de masas.

Estoy convencido de que la vigencia actual de las propuestas orteguianas en aquello que nos puede servir –que no es poco–, viene precisamente del papel creciente de los *mass media*, por no hablar de la web 2.0 y de la interactividad digital, en la llamada “sociedad de la información”.

Entre los españoles, Javier Echeverría, llevando hasta las últimas consecuencias la propuesta de Marshall McLuhan acerca de la “aldea global”, define como *Telépolis*, esa nueva forma de organización social, difusa y compacta a la vez gracias a las tecnologías de la comunicación y la información, que tiende a expandirse por doquier y según la cual la ciudad se identifica con el mundo en su totalidad, las casas son células nucleares de toda la organización y “las regiones y los países son simples manzanas y barrios de *Telépolis*”.

Pero ya Neil Postman (1993) había dibujado en *Tecnópolis* el arquetipo de la sociedad intuida por el pensador canadiense que finalmente su discípulo más aventajado encuentra plasmada en los Estados Unidos de fin de siglo. Una sociedad donde, efectivamente, el medio es el mensaje, en el sentido de que lo primordial, el objetivo exclusivo del sistema es la eficiencia por encima del raciocinio, para lo que el control está en las manos de los expertos dueños de la tecnología. La actitud de Postman no es nada esperanzada. La *Tecnópolis* que describe como una ciudad monstruosa, susceptible

de ser fácilmente exportada desde USA al conjunto la aldea global, representa un ejemplo más de “distopía”, de utopía negativa o perversa según el concepto creado por John Stuart Mill. Distopías como las que plasmaron en sus novelas dos autores que Postman menciona expresamente, George Orwell y Aldous Huxley. Inmediatamente después de citar *Brave New World*, el autor sentencia: “Technopoly, in other words, is a totalitarian technocracy”.

Ortega y Gasset hizo suyo el compromiso de ir a las cosas mismas; de, ante ellas, proceder a identificarlas en toda su complejidad, describirlas largamente, comprenderlas y hacerlas comprender. Pero, en el decurso de este proceso cognoscitivo, no supo o no quiso dejar de valorarlas de acuerdo a su axiología propia. En una extensa entrevista Marshall McLuhan responde a una pregunta afirmando que si los occidentales alfabetizados y tipográficos estuviésemos interesados en preservar los aspectos más creativos de nuestra civilización, no permaneceríamos en nuestra *torre de marfil* lamentándonos de los cambios, sino que subiríamos a una *torre de control* para comprender, primero, el vórtice de la tecnología eléctrica, e intentar dominarla después, en vez de que ella nos domine a nosotros. José Ortega y Gasset fue quien más temprano y con más decisión abandonó la soledad de su alto gabinete y bajó a la plaza para sumergirse en una realidad cultural, política y social que quiso comprender y hacernos comprender sin despreciar, incluso, el comprometido papel profético de la Sibila.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cela, Camilo José (1965), "Relativa teoría del carpetovetónismo", *Obra completa*, tomo III, Barcelona, Destino.
- Chávarri, Raúl (1984), "Ortega y América", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 403-405, págs. 361-374.
- Donoso, Antón (1977), "Ortega on the United States: A View from the Outside", *Philosophy Today*, 21.
- Echeverría, Javier (1994), *Telépolis*, Barcelona, Destino.
- Frank, Waldo (¿1929?), *Nuestra América*, traducción de Eugenio Garro, Buenos Aires, Babel. Primera edición inglesa, 1919.
- Frank, Waldo (1929), *Redescubrimiento de América*, Madrid, Revista de Occidente, 2ª edición.
- Ferreiro Lavedán, María Isabel (2005), *La teoría social de Ortega y Gasset: los usos*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Garagorri, Paulino (2006), *Goethe y el epílogo de "La rebelión de las masas"*, Madrid, Caro Raggio.
- Gracia, Jordi, y Ródenas, Domingo (2008), *El ensayo español. Siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- Haro Honrubia, Alejandro de (2008), *Élites y masas. Filosofía y política en la obra de José Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset.
- Hermes Villordo, Óscar (1994), *El grupo Sur. Una biografía colectiva*, Buenos Aires, Planeta Argentina.
- Larson, Kerry C. (1988), *Whitman's Drama of Consensus*, Chicago/London, The University of Chicago Press.
- Llera Esteban, Luis de (1995), *Ortega y la Edad de Plata de la literatura española (1914-1936)*, Roma, Bulzoni, 1991.
- Mainer, José-Carlos (1987), *La Edad de Plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 4ª edición.
- Marías, Julián (1983), *Ortega: las trayectorias*, Madrid, Alianza Editorial.

- Marinetti, Filippo Tommaso (2008), *Expresiones sintéticas del futurismo*, Barcelona, DVD Ediciones.
- McLuhan, Eric, y Frank Zingrone (1998), *McLuhan. Escritos esenciales*, Barcelona, Paidós.
- Mermall, Thomas (1978), *La retórica del humanismo: la cultura española después de Ortega*, Madrid, Taurus.
- Morán, Gregorio (1998), *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets.
- Mumford, Lewis (2011), *El pentágono del poder. El mito de la máquina*, Logroño, Pepitas de calabaza ed.
- Ortega y Gasset, José (1998), *La rebelión de las masas*, Madrid, Castalia. Edición de Thomas Mermall.
- Ortega y Gasset, José (2012), *Obras completas. Tomo I (1902-1915)*, Madrid, Santillana-Fundación José Ortega y Gasset. Sexta edición.
- Ortega y Gasset, José (2010), *Obras completas. Tomo II (1916)*, Madrid, Santillana-Fundación José Ortega y Gasset. Quinta edición.
- Ortega y Gasset, José (2012), *Obras completas. Tomo III (1917-1925)*, Madrid, Santillana-Fundación José Ortega y Gasset. Quinta edición.
- Ortega y Gasset, José (2010), *Obras completas. Tomo IV (1926-1931)*, Madrid, Santillana-Fundación José Ortega y Gasset. Tercera edición.
- Ovejero Bernal, Anastasio (2000), *Ortega y la posmodernidad: elementos para la construcción de una psicología pospositivista*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Postman, Neil (1993), *Technopoly. The Surrender of Culture to Technology*, New York, Vintage Books.
- San Martín, Javier (2012), *La fenomenología de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón.
- Sánchez Cámara, Ignacio (1986), *La teoría de la minoría selecta en el pensamiento de Ortega y Gasset*, Madrid, Tecnos.
- Villanueva, Darío (2009), *Imágenes de la ciudad. Poesía y cine, de Whitman a Lorca*, Universidad de Valladolid. Segunda edición corregida.
- Watson, Peter (2002), *Historia intelectual del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- Wedel, Alfred R. (1984), "Ortega y Gasset y los Estados Unidos: reflexiones retrospectivas sobre las aseveraciones antiamericanas en *La rebelión de las masas*", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 403-405, págs. 485-490.

Whitman, Walt (1973), *Leaves of Grass*, edited by Sculley Bradley and Harold W. Blodgett, W. W. New York, Norton & Co. Inc

Whitman, Walt (2006), *Hojas de hierba* (edición bilingüe), traducción de Francisco Alexander, Madrid, Visor Libros.